

una nueva guerra de zapa, preparando el terreno para su futura expedición al Perú, como ya lo había hecho antes de emprender la reconquista de Chile. Á su tiempo se dirá el resultado de este nuevo trabajo con que el generalísimo del Ejército Unido inauguraba su política militar.

IX

Bajo los auspicios de la alianza político-militar, íbase operando por la acción de factores intrínsecos y secundarios de uno y otro pueblo, una evolución espontánea, que á la manera de una corriente oculta hacía su trabajo. Era la elaboración lenta y gradual de la alianza social, determinante de otros fenómenos que el tiempo pondrá en evidencia. Estos dos pueblos, tan análogos por su temple viril y sus nativos instintos democráticos, como desemejantes por su índole y su genialidad, se confundían en los puntos de contacto por atracciones y gravitaciones naturales, obedeciendo á sus tendencias nativas bajo la ley de sus futuros y comunes destinos (48). Y debe atribuirse á esta causa latente y lejana la consistencia de su movimiento revolucionario, así como el hecho de que, cuando las instituciones libres han naufragado en casi toda la América por los abusos y vicios de gobernantes y gobernados, estos dos pueblos gemelos antes y después, en medio de sus desvíos y vicisitudes, hayan salvado el crédito de la república en el hemisferio sud, y sean su grande esperanza como lo fueron en los tiempos heroicos en que la fundaron por sus armas coligadas.

Los dos pueblos se respetaban y se estimaban sin amarse,

(48) Véase el desarrollo de este tópico, en el cap. VI, § I.

y se complementaban en el orden étnico y social así como en el político y militar, sin perder su originalidad, supliendo la deficiencia de sus respectivos órganos de acción ó exaltando su energía por el estímulo en la tarea solidaria. El contacto de un grupo selecto de uno de los dos pueblos y la cooperación activa y pasiva de la masa del otro, determinaba una mayor suma de fuerzas que obraban como agentes superiores y se imponían á las voluntades á despecho de ellas mismas. La brillante oficialidad del ejército de los Andes, que llevaba en sí la rica savia de la juventud argentina, llena de petulancia y de gracia, se infiltraba en la sociedad chilena, y á la par de modificar un tanto la grave reserva de sus hermanos de ultra-cordillera, sostenía con honor el pendón de la galantería ante el bello sexo, con el prestigio de los frescos laureles que la coronaban. Muchos de ellos, vencidos esta vez por la belleza y el encanto de las mujeres chilenas, constituyeron su hogar en la tierra libertada, creando así un nuevo vínculo entre los dos pueblos. Entre ellos, el vencedor del Gavilán se unió á la histórica familia de los 800 (los Larrain), y hasta el mismo diplomático argentino ligó su nombre á otro nombre histórico de Chile (Spano), estableciéndose una corriente de afectos domésticos internacionales que se ha prolongado. Esta no es sino una de las facetas parciales de la evolución que hemos indicado, y á que las manifestaciones externas de la vida cooperativa concurrían en otro sentido, creando sentimientos y estableciendo contactos de confraternidad y solidaridad.

San Martín, eslabón de acero de la liga guerrera, era también el vínculo de esta alianza social que se operaba espontáneamente. Su salón era el centro donde se reunía lo más selecto de la sociedad chilena y argentina de Santiago. La tradición ha perpetuado en Chile á la par de el de sus glorias, el recuerdo de las « tertulias de San Martín », con que él pagaba la hospitalidad que recibía. « Estas tertulias, dice un

historiador chileno, tenían un carácter culto, patriótico y significativo. Era la fraternidad de dos pueblos en los afectos del corazón, en la adoración de la belleza, en los tiernos homenajes al heroísmo. Invariablemente, antes de romper el primer baile, todos los asistentes se agrupaban en un gran círculo, cogidos de las manos los caballeros y las damas, y al son de la música de los cuerpos militares, se cantaba en coro la canción argentina como un homenaje á la patria y á la bandera bajo la cual Chile había sido redimido. En seguida, casi siempre presidido por San Martín, se rompía el primer minué de honor, y la tertulia se prolongaba grata y festiva hasta las altas horas de la noche » (49). Otro cronista, chileno también, completa el cuadro: « Franco, desenvuelto y elegante en sus maneras, San Martín, en la flor de su vida, (39 años) reinaba en los salones y era la figura más visible y presente en todas partes, como lo era en los campamentos. En esas reuniones de San Martín, se leían y comentaban los partes del ejército del sud, las noticias de Buenos Aires y de Europa, y se mantenía y alentaba el entusiasmo patriótico. El general, enemigo del lujo, siguiendo su tendencia á disciplinarlo todo, suplicaba con frecuencia á las personas que honraban sus salones, se presentasen con la mayor sencillez. Refiérese que en cierta ocasión, habiendo asistido una dama con un traje más lujoso del que prescribía la ordenanza santuaria, San Martín, sin abandonar su cortesía y su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia, replicó: « Vd. se admira del lujo con que me presento porque ya se había acostumbrado á la pobreza de las mendozinas » (50). Y era la pobreza de las mendozinas

(49) Vicuña Mackenna, « Relaciones históricas », que cita en comprobación el testimonio de su propia madre, que llevaba el apellido histórico de Mackenna.

(50) Ignacio Zenteno, hijo del secretario de San Martín, á la sazón ministro, quien como Vicuña Mackenna recogió estas anécdotas de boca

la que principalmente había contribuido á la libertad y riqueza de Chile! También se jugaba la malilla, y algunas noches la caja del cuartel general costeaba las pérdidas de las señoras, habiendo pasado las deudas de este género á la posteridad inscriptas en las cuentas del gran capitán. Y como un tributo á la popularidad, á veces los valeses y las contradanzas se alternaban con bailes nacionales con acompañamiento de guitarra tocada por un hombre del pueblo, y el capellán que llevaba la contabilidad del general, apuntaba: « Por *dos pesos* que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre » (51). ¡Felices tiempos en que las alegrías de los poderosos sólo costaban dos pesos!

En medio de estas alegrías, la vida del general de los Andes, era austera y dura como la de un lacedemonio, que también llevaba bajo su uniforme de soldado un zorro escondido que le desgarraba las carnes, sin hacer un gesto de dolor. Se ha dicho de él que era sibarita, glotón y borracho. La cuenta de gastos privados llevada por mano ajena, y el testimonio unánime de sus contemporáneos, prueban que « no amaba los placeres, ni el vino, ni el deleite de las pasiones misteriosas, aunque gustaba de las alegrías ajenas, y comprendía que el fausto, la cordialidad social de los banquetes y saraos son medios sencillos de gobernar á los hombres ». Á las 4 de la mañana se levantaba de su catre-cofre de campaña y lustraba él mismo sus botas á la vez que preparaba su café militar. En seguida arreglaba sus apuntes, y á las 5 recibía á su secretario, obligado á presentarse puntualmente á esa hora. Hasta las 10 se ocupaba en los detalles de la administración militar,

de su madre. — El viajero inglés Haigh, en sus « Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú », p. 133, también habla de estas tertulias, donde fué presentado á San Martín, y que de paso perfila su retrato.

(51) Cuentas de San Martín, etc. cit. (Arch. San Martín, vol. XLVII, M. S.) — Véase « Cuentas del Gran Capitán » por B. Mitre.

distribuyendo por sus manos hasta las costuras de uniformes como lo hacía en Mendoza. Después de media hora de reposo recibía al jefe del estado mayor. Luego daba audiencia pública, oyendo con paciencia á las mujeres, y con especial indulgencia á los simples soldados. Su desayuno era muy ligero. Á la una del día hacía su única comida, en la cocina, en soldadesca conversación con su negro cocinero, eligiendo dos platos, que rociaba con un par de copas de vino de su querida Mendoza. Su plato predilecto era el asado, preferido siempre por los hombres de trabajo, que no tienen tiempo que perder en la digestión, por contener en menor volumen mayor poder de nutrición. Era el momento de su cuarto de hora, que algunos aprovechaban para solicitar gracias. A las cuatro de la tarde se servía su mesa de estado á sus expensas, — en la que se invertían *diez pesos* diarios, — la que era presidida por don Tomás Guido, su confidente y su compañero de habitación. Él concurría á los postres á tomar el café, en cuya ocasión se entregaba á expansiones de camarada, amenizando la conversación con chistes y anécdotas que sazonaba con la sal andaluza de sus recuerdos de Cádiz. Por la tarde recibía visitas ó hacía ejercicio, paseando por la alameda ó los tajamares de la ciudad. Al anochecer volvía á la labor del bufete, y se imponía de la correspondencia del día. Á las 10 de la noche, á la hora del silencio militar, se echaba en su catre de campaña para dormir artificialmente, y volver á recomenzar la misma tarea al día siguiente. Como por los dolores neurálgicos y reumáticos que lo aquejaban le era difícil conciliar el sueño, abusaba del opio en forma de morfina, droga que su médico el doctor Zapata le propinaba con exceso (52). Esto y el cigarro negro, era su grande y su pequeño vicio; pero así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él

(52) General T. Guido « Primer combate de la marina chilena », en la « Rev. de B. Aires » número 12 de 1864.

mismo picaba su tabaco, y aún se conserva como un recuerdo de sus austeras costumbres la tabla y el cuchillo con que lo hacía.

El estado moral de San Martín en aquella época, es una página digna de la historia psicológica de los grandes hombres. Antes de cumplir los cuarenta años y al ir á culminar el meridiano de su gloria, era presa del hastío de la vida, que según la escuela pesimista á que por instinto se anticipaba, marca el más alto nivel del hombre moral, cuando se comprende, que después de cumplida la tarea, la vida no merece la pena de ser vivida dos veces. Por este tiempo (julio de 1817), se sintió próximo á morir, y así lo creyeron los amigos que lo rodeaban y los facultativos que lo asistían. Así lo comunicó Guido al gobierno argentino, adjuntando el informe del cirujano Zapata. Los vómitos de sangre se habían repetido. « La complicación de negocios, dice Guido, que ha cargado sobre el General redobla sus trabajos, y aniquiladas las fuerzas corporales por ataques violentos, se agrava por instantes el peligro de una vida tan apreciable » (53). En tales momentos, trazó con mano firme una renuncia, en cierto modo póstuma, porque sólo después de sus días fué conocida : — « El beneficio de mi patria será el último deseo que me acompañe al Sepulcro; por esta razón debo prevenir que el estado de mi salud me tiene expuesto á una próxima muerte, y que, en este caso podrían resultar males incalculables á la causa si no se previene con anticipación, nombrando al que debe sustituirme » (54). Fué entonces cuando el general Antonio González Balcarce, el ven-

(53) Doc. reservados del Arch. gral. M. S. Se han publicado en « Papeles del General Guido, » p. 25 y sig.

(54) Doc. autógrafo de puño y letra de San Martín, con la ortografía del texto, que se conserva en el Arch. gral. Fué publicado por primera vez en nuestras « Comp. Hist., » 2.ª parte, p. 265. Véase Apéndice.

cedor de Suipacha, fué á compartir con San Martín las tareas del mando en jefe, como segundo del Ejército Unido.

Las confidencias de esta época revelan una profunda tristeza mezclada á grandes esperanzas, que se explica por su aislamiento moral en el gran papel histórico que desempeñaba en el drama de la revolución. El gran hombre de guerra, admirado en el Plata y aceptado como una necesidad en Chile, nunca fué amado ni verdaderamente popular, en uno ni otro país: no existía entre él y ellos esa corriente de simpatías cuyas vibraciones ponen en comunicación las almas. Amaba á la República Argentina como su patria y á Chile como colectividad, pero sólo se sentía feliz en el punto medio que había sido el vínculo de su alianza, — en Mendoza, — pero estaba divorciado de su política interna y de las pasiones tumultuosas de los partidos contemporáneos. Era americano ante todo, sin dejar de ser argentino. Lastimado por unos y otros, llevaba en su corazón una llaga secreta, ocultada estoicamente, que á veces le hacía exhalar quejas comprimidas, como alma solitaria, que no tenía afecciones íntimas, y estaba condenado á no tener ni hogar. No tenía, ni tuvo jamás en su patria más amigo que Pueyrredón, ni más amistad calurosa que la de Belgrano. En Chile no tuvo más amigo que O'Higgins. Don Tomas Guido, su confidente y su colaborador, intervenía en su vida más bien como complemento de su acción que como elemento moral incorporado á su ser. Su único confidente íntimo era Godoy Cruz, en quien depositaba sus sentimientos. Este aislamiento moral en medio de su gloria, que constituía una poderosa influencia, pero que no era un poder público ejercido directamente, explica su alejamiento de las cosas del gobierno político, y su consagración exclusiva á la causa de la independencia americana, su gran pasión, que puede llamarse una misión en todo el rigor de la palabra, y que lo llevó á americanizar la revolución argentina.

Sin exagerar el carácter moral de San Martín, puede decirse de él, que como genio concreto, según lo hemos definido, la actividad de su mente se revelaba al exterior por sus acciones, mientras sus pensamientos y sus sentimientos íntimos circulaban silenciosamente en el interior como una corriente subterránea. Sin más vinculaciones con los dos pueblos que las de sus grandes designios, sus juicios de los hombres y las cosas que le rodeaban, en aquel momento psicológico en que se consideraba próximo á la muerte, reflejan este estado morboso-psicológico: — « Mi salud sigue en malísimo estado » — escribía á su confidente íntimo; — conozco el remedio: » es la tranquilidad; pero mi extraordinaria situación me » hace víctima desgraciada de las circunstancias. No hay fi- » losofía para verse caminar al sepulcro, y con el descon- » suelo de conocerlo y no remediarlo. Me hago violencia en » habitar este país: en medio de sus bellezas encantadoras, » todo me repugna en él: los hombres en especial son de un » carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene » un disgusto continuado que corroe mi triste existencia. Dos » meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza » me volverían la vida » (55).

(55) Carta de San Martín á Godoy Cruz, de 22 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLII, M. S.)